

La Democracia

Fantasma que Asusta

POR LORENZO MEYER

COMO diría el gran clásico: un fantasma recorre México: el fantasma de la democracia. Para algunos de nosotros se trata de un fantasma parecido a aquel que el príncipe Hamlet vio en la noche escandinava: una figura desdibujada pero en la que resaltan los rasgos de grandeza, que despierta profundas y variadas emociones donde el miedo existe pero no domina. Este fantasma, como aquel, es producto de una injusticia, de los varios intentos por dar forma a la democracia política que fueron brutalmente asesinados, de manera figurada o literal, por el gran poder presidencial. Detrás de este fantasma democrático están los cadáveres de Madero o de quienes, culpables de su juventud y entusiasmo, dejaron la vida en la Plaza de las Tres Culturas, también están los muertos del vasconcelismo, de los comunistas, del enriquecimiento... y de muchos más.

Para otros, para los poderosos, la democracia parece ser esencialmente un fantasma que despierta miedo, el miedo a lo desconocido y a perder un poder que por mucho, mucho tiempo, han ejercido sin contrapesos, sin dar cuentas a nadie. Un fantasma, en fin, que amenaza a un poder que últimamente se ejerce casi sin legitimidad, entre la indiferencia o el rencor de los sin influencia, y que, para todo propósito práctico, son casi todos los mexicanos.

★

PARA unos y para otros, la democracia es también un fantasma porque nunca hemos tenido la oportunidad de verla encarnada, de vivirla en la realidad, con todas sus dificultades pero con toda su dignidad. La democracia en México es, hoy por hoy, una idea concentradora de la inconformidad; una utopía que sirve para juzgar al presente y al pasado en función de un proyecto futuro del país, proyecto que pocos tienen claro y que, en realidad, no es uno sino muchos y contrapuestos.

Hace más de veinte años, Pablo González Casanova publicó *La democracia en México*. Eran las vísperas de Tlatelolco, cuando el país vivía, sin saberlo, el final de la gran calma del "desarrollo estabilizador"; cuando la complacencia dominada entre los poderosos y la indiferencia por la cosa pública entre la mayoría subordinada. González Casanova advirtió entonces a quienes quisieron escucharlo que era tiempo de cambiar y "acabar con fantasmas que nos asustan" e "iniciar una acción política que resuelva a tiempo, cívica, pacíficamente, los grandes problemas nacionales". El libro fue un éxito pero no hizo mella en la realidad. Luego

llegó el 68 y la antidemocracia violenta ganó la partida.

Hoy, quizá un poco tarde pero no mucho, son múltiples y contradictorias las voces que piden el paso a la democracia como prerrequisito para superar la crisis. En estos días acaba de aparecer el libro de Enrique Krauze, *Por una democracia sin adjetivos*, en donde el autor recoge sus ensayos políticos en torno a la crisis.

★

KRAUZE pide —exige— a nombre propio y de otros, que se empiece por el principio, por la democracia a secas, base política insustituible para construir todas las otras democracias, las que sí tienen adjetivo. Desde la militancia en el propio partido oficial, el PRI, surge otro libro, otro llamado: *La política del derecho en la crisis del sistema mexicano*; desde ahí, Juan José Rodríguez Prats urge a sus "jefes natos" —al presidente del país y al de su partido— a aceptar que ha llegado la hora en que la realidad debe de encontrarse con el derecho, y parte de ese encuentro consiste en que ya no se le "exija" al PRI ganar absolutamente todas las elecciones.

★

RODRIGUEZ Prats sabe lo que habla, a principios de este año estaba en Chihuahua. Los dos autores concuerdan en un punto: la alternativa a la democracia no es otra que el autoritarismo, el autoritarismo sin los púdicos ropajesseudodemocráticos que hoy le cubren sus partes vergonzosas. Entre más avance la crisis, y mientras haya tiempo, esta bibliografía va a aumentar.

Fuera del campo de los libros, la izquierda, la derecha y el propio centro claman por la democracia. Todo se vale, o al menos eso parece: huelgas de hambre, desobediencia civil, manifiestos, demostraciones en Estados Unidos y, lo más insólito, que los priistas hablen de carencias políticas sin antes pedir permiso a los "jefes natos". En efecto, dentro del PRI ha estallado la "rebelión disciplinaria" de la "corriente democrática". Los que no fueron democráticos antes de la crisis, hoy —desde las entrañas del partido que nunca ha perdido una elección presidencial, una gubernatura o una posición en el Senado— claman por la democracia interna y la externa. Como si esto fuera poco, ahora resulta que de la mismísima Secretaría de Gobernación, y cuando aún no se disipa el humo de la duda sobre la limpieza de las elecciones en Chihuahua, Durango y Oaxaca, se dice que es inaplazable la obtención de avances

"concretos y satisfactorios" en materia de limpieza electoral. Bueno, "cosas veredes".

Así pues, hoy, sin realmente haberla conocido nunca, todas las fuerzas políticas organizadas se dicen partidarias abiertas, entusiastas, de la democracia: el gobierno y sus enemigos, los empresarios y la clase media, los académicos y los políticos, la Iglesia y la prensa, etcétera. Hay campo de sobra para la confusión. De todas maneras, más vale que sobren y no que falten los partidarios de la democracia, sean éstos de buena ley o francamente falsos.

Para mí, la gran incógnita es el mexicano medio, ése que generalmente no tiene forma de expresarse en asuntos públicos y que siempre ha vivido inmerso en una cultura autoritaria y que es objeto y no actor de la política. En el fondo, toda esta explosión democrática se está dando entre élites que

luchan entre sí y está encaminada, como es frecuente, a presionar al gran actor de nuestro drama político, al presidente, de que sea él quien inicie el proceso democratizador en un sentido favorable para el que presiona. El grueso de la población, entre tanto, sigue ausente del debate.

Me temo que tanto se ha abusado en el discurso oficial y en el de la oposición del término "democracia", que éste carece de sentido para quien tiene que hacer frente a la vida con el equivalente a uno o dos salarios mínimos. Y sin embargo hasta que ellos no se interesen por la democracia, ésta seguirá siendo un fantasma entre nosotros. Ahora bien, ¿cómo mover a la mayoría de los mexicanos —o al menos a un buen número de ellos— para que luchen por la democracia y le den forma? Eso, para mí es, la gran pregunta para la que no tengo respuesta.